

Germano Almeida

Los agravios de un escritor

Todos en la familia hemos aceptado ya que mi primo está destinado a ser el mayor escritor de las islas, con el Premio Camões ya en el saco dentro de nada y, en caso de que no muera joven (tiene ahora 55 años, ¡y todavía no ha publicado nada!), quién sabe incluso si no será el primer Nobel de los países africanos de lengua portuguesa.

Todos nosotros hemos asumido ya este hecho, pero su propia mujer continúa reacia y afirma que sólo sirve para estropear papel y una vieja máquina de escribir que, a medida que le crece la inspiración, aporrea cada vez con más fuerza, llegando incluso algunas veces a molestar a los vecinos. Además vive en una casa pequeña, de modo que su “mesa de trabajo literario” está en el comedor y cerca de la puerta de la cocina. Ahora bien, su mujer dice que no soporta los espacios cerrados, de modo que, cuando no es el barullo de los platos y las ollas lo que perturba su fecundación literaria, es la música que a ella le gusta escuchar a todo volumen lo que nunca le deja concentrarse en las páginas que van a immortalizar a nuestro nombre.

Así, y como airea entre los parientes más allegados, él vive torturado entre los apremios de la creación literaria y las insolencias de su mujer, responsabilizando a todas las feministas del mundo y a todos los libros que se han publicado sobre el tema por todas las desgracias de su vida. Hace unos días, por ejemplo, ya estaba pegado al escritorio cuando vio a su mujer trasteando con el tocadiscos: Dios quiera que no haya luz, rezó, o que venga una corriente tan fuerte que sea capaz de escacharrar de una vez ese trasto. Porque lo único que quería es que ella no le molestase, precisamente en el momento en que tenía una historia a punto...

Pero, por desgracia, no sólo había luz, como luego comprobó, sino que además ella colocaba el control del volumen del aparato al máximo de potencia y luego escogía precisamente la *Quinta Sinfonía*, para él la más agresiva y

ruidosa de todas. Para empezar, se le erizó todo con la forma en que ella retiraba el disco de la funda y lo ponía en el tocadiscos: sin primero tener el cuidado de pasarle un trapo, sin al menos soplarle el polvo. Ya había intentado muchas veces hacerle ver que poner un disco es exactamente la misma cosa que hacer tocar a una orquesta. Que un disco no es otra cosa que el resumen de una orquesta y por eso, así como una orquesta tiene que ser afinada antes de comenzar a ejecutar una pieza, del mismo modo un disco tiene que ser preparado. Es decir, tiene que ser cuidadosamente limpiado de todos los cuerpos extraños porque, de la misma manera que cualquier resfriado mal curado es suficiente para perturbar el equilibrio de una orquesta, también una única mota de polvo es demoníacamente idónea para fastidiar la armonía de cualquier disco.

Pero no dice nada, está ocupado con su prosa, hasta que de repente aquel horrible ¡tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan! invade su propia casa y la de los vecinos. Sin querer levanta los ojos y ve que ella está sonriendo: No hay nada como Beethoven para ayudar a lavar los platos, grita alegre. Mi primo ensaya una mueca desolada: ¡santa y atrevida ignorancia que lleva a Beethoven a la cocina, que pone a Beethoven a lavar los platos! De hecho, ¡sólo la de ella! ¡Mujer!, le grita exasperado, ¡no intentes meter a Herr Beethoven en la cocina! Estoy seguro de que en toda su vida Herr Beethoven nunca entró en una cocina o vio un perol y sin duda su música es la menos apropiada para lavar los platos... Pero mientras él hablaba, ella se iba acercando poco a poco al escritorio y cuando él se calló, ella gritó que no había oído nada, ni una palabra.

Así que mi primo se levantó con autoridad y fue al tocadiscos y colocó el volumen en cero. No es que de alguna manera la música me moleste, al contrario, le hizo saber. Pero ella enseguida lo interrumpió para pedir disculpas: estaba convencida, dijo, de que cuando él se sumerge en su arte, no ve ni oye nada. Porque nada más lejos de su pensamiento que quebrantar a propósito la dolorosa incubación en que lo ve tan abstraído, etc.

Mi primo dice que, indignado, ignoró el malévolo sarcasmo y pasó a un ataque estético: Si tuvieras una mínima idea de cultura, dijo, o al menos un

pequeñísimo conocimiento de la música de los grandes compositores, sabrías enseguida que Beethoven nunca te serviría para lavar los platos. Porque la música de Beethoven es una música elevada, ¡una música grandilocuente! La música de Beethoven es una música propia para el ejercicio de tareas que exigen de nosotros elevación de espíritu y la entrega de nosotros mismos. Por ejemplo, es una música perfecta para barrer la casa, o quitarle el polvo a las paredes o incluso para una ducha fría en diciembre, pero para lavar los platos, nunca.

Y ya que estoy, continuó él inspirado, déjame decirte que tendrías una excelente nota en conocimiento musical si empezases a lavar los platos bajo los trinos de Mozart. Porque, te afirmo solemnemente, cualquier persona mediana e intelectualmente decente, tendría el gusto y hasta el orgullo de desempeñar esta suave tarea doméstica con las festivas alegrías de Mozart. Ahora bien, con Beethoven, es aberrante y de mal gusto.

Pero, con todo ese bravo discurso, su mujer apenas sonreía y acabó finalmente por decir que reconocía que el marido hablaba con propiedad de lenguaje y que por alguna razón ella no tenía ni idea de que él sabía tantas cosas. Y él empezó a sonreír feliz, por lo menos era un primer comienzo del reconocimiento de su valor. Y, ya que estamos, preguntó ella curiosa, ¿qué aconsejarías para limpiar el polvo de las figuritas de adorno?

Mi primo paró para pensar un poco. Porque, aunque no lo parezca, limpiar el polvo es una tarea delicada. En primer lugar exige concentración, serenidad, nada de atolondramientos, cualquier gesto insólito y una pieza rara que se va al cubo de la basura... Tal vez la marcha fúnebre de Chopin, dijo al fin. O quizás el adagio de la *Patética* de Chaikovski... Pero el pianito de Chopin me parece más adecuado para la limpieza de las figuritas de adorno, concluyó, tal vez sea preferible reservar el adagio para las limpiezas profundas de muebles, puertas y persianas. Porque, sabes, todo eso tiene mucho que ver con la cantidad de polvo acumulado y por desgracia tenemos demasiado viento en este país... No aprecias a Beethoven, le interrumpió la mujer, y él respondió que sí, que le gustaba, que le gustaba mucho: Pero él es un sinfonista que debe ser reservado

para los grandes momentos de la vida, así como una especie del *to be or not to be* traducido en pentagrama. De ahí la trágica solemnidad que recorre toda su obra, porque, en verdad, qué es la vida sino una tragedia...

Y así sucesivamente, fue discurriendo sobre los grandes compositores y sus obras, escarbando en su cabeza para acordarse de cosas que había leído, pero sin conseguir atinar con un fin plausible para su discurso, sobre todo porque ella lo escuchaba con atención y él no quería defraudarla con un final menos elevado. Y por eso continuó diciendo que hay una música adecuada para cada momento y es de extrema importancia que las conozcamos. Por ejemplo, ¿quién mejor para acompañar un buen plato de *feijoada* que Sibelius? Pero para probar un coñac la persona indicada era sin duda Dvořák, etc.

Él todavía hablaba cuando ella se disculpó para ausentarse por unos instantes. Mi primo respiró aliviado porque ya no sabía qué más decir, pero poco después ella regresó con un paquete que dijo que era un regalo para su marido. Él confiesa que sintió su corazón henchirse de gratitud porque, en varios años de casados, era el primer regalo que ella le hacía. Y así de conmovido, soltó una frase que estaba a punto de escribir y agarró a su mujer por la cintura y la besó en la blusa sobre el ombligo, que era el lugar que le quedaba más próximo. Pero enseguida ella se separó para permitirle abrir el regalo. Era un disco de Mozart y con esta dedicatoria: “Que seas de aquí al futuro y para siempre el más decente de todos los intelectuales nacionales. Los guantes para lavar los platos están en el armario de la cocina, primer cajón a la derecha”.